

## Sobre las zozobras de la lingüística en España

Ángel López García  
Universidad de Valencia

Soy consciente de que el título que encabeza estas líneas resulta un tanto provocador. Sin embargo refleja con bastante exactitud lo que está sucediendo en España. Lo advierto para entrar en el debate abierto por *Hispanic Issues* con una salvaguarda retórica defensiva, una especie de *captatio benevolentiae*. Los colegas de EEUU conocen nuestros trabajos como nosotros conocemos los suyos, a veces también existen relaciones amistosas directas entre una y otra orilla del Atlántico. Sin embargo, mientras que no es infrecuente que algunos de nosotros hayamos sido profesores visitantes de departamentos de español en América, la recíproca es mucho más rara. El resultado de esta asimetría inducida por la economía es un equívoco que he podido comprobar muchas veces: de la constatación de que unos y otros somos *scholars* con preocupaciones y logros

epistemológicos bastante cercanos y, por lo tanto, mutuamente atractivos, se pasa a menudo a la idea errónea de que la situación de la materia es parecida y de que la posición social del profesor resulta asimismo equivalente en los dos sitios. No hay tal: asistimos en España -como en toda Europa- a un hundimiento generalizado de las Humanidades y a la consiguiente pérdida del papel social de los filólogos, por lo que nuestra visión ante la ciencia lingüística resulta en la actualidad bastante pesimista y difícilmente cotejable con la que traslucen los textos de EEUU reunidos en *Hispanic Issues on line 2006*.

Estos textos dan a entender que el hispanismo en EEUU es una corriente sólidamente asentada que se preocupa de la cientificidad de la disciplina y que intenta hacer compatibles estos requisitos metodológicos con el sentido práctico, pues de todos es sabido que la demanda de enseñanza de español en los EEUU crece exponencialmente cada año. Cuando uno lee los textos de los colegas le entra una extraña sensación de nostalgia. Porque hubo un tiempo en que en España las cosas también fueron así. Las personas de mi generación -la de 1968-, que, por razones a las que ahora aludiré, constituyen la gran mayoría de los profesores universitarios, también tuvimos las aulas a rebosar, también promovimos a muchos doctorandos y también velamos por que la calidad de la enseñanza se mantuviese en unos niveles científicos aceptables. *Tuvimos, promovimos y velamos*: son pasados absolutos, tal vez demasiado radicales. Porque el hecho es que, hoy día, tan apenas tenemos alumnos, no merece la pena animar a nadie a que se doctora, pues es seguro que no encontrará trabajo y, para más INRI, como consecuencia de lo anterior, la calidad media de nuestros estudiantes ha descendido vertiginosamente.

Los profesores que nos formamos en torno a 1968 somos una generación biológica que, por azares del destino, ha llegado a dominar la Universidad y, en general, la enseñanza en toda Europa. Por aquellos años, cuando las divisas de nuestros emigrantes en Alemania y las que se estaban dejando los primeros turistas nórdicos en los chiringuitos de la playa apuntalaron los incipientes planes de desarrollo, España empezaba a salir de la noche de la dictadura franquista y el boom económico disparó la natalidad. En Europa, tras el plan Marshall y la reconstrucción económica que siguieron a la segunda guerra mundial, se asistía a un proceso semejante. De repente, hicieron falta profesores, muchos profesores, de universidad y de instituto, porque el número de alumnos crecía cada año. Y aunque al principio se intentó desde el Ministerio de Educación y Ciencia

un maltusianismo de los recursos docentes, a la postre no hubo dos dinámicas de crecimiento independientes, sino que al incremento -no sé si en progresión aritmética o geométrica- de los alumnos le siguió un aumento paralelo en el número de los profesores. Es fácil comprender la importancia decisiva que todo esto ha tenido para el futuro de las ideas en nuestro país: en un sistema regido por la solución funcionarial, el resultado fue que dicha generación, la mía, sigue controlando las mentes de los jóvenes más de un cuarto de siglo después.

Acaba de hacerse público el *Atlas de la España Universitaria*, un amplio dossier elaborado por la Universidad de Cantabria. Aunque la cantidad de datos que contiene (sobre titulaciones, profesorado y recursos) es apabullante, a los medios de comunicación sólo ha saltado lo más llamativo: la increíble desproporción entre oferta y demanda. Resulta que las 140 titulaciones universitarias<sup>1</sup> existentes en el país se ofrecen por las universidades 2.200 veces (!). La consecuencia es que, manejando una cifra de corte de un mínimo de 125 alumnos por titulación (repito, por titulación, no por asignatura), las tres cuartas partes de las titulaciones impartidas en el curso 2004-2005 están por debajo de la misma y resultan económicamente inviables con la consiguiente perspectiva futura de cierre más o menos inevitable. Lo que es peor, entre ellas se cuentan casi todas las titulaciones en Lingüística, Lingüística española o Filología española del país, aunque, por supuesto, también las relativas a otros idiomas, salvo el inglés y algunas ramas aplicadas como la Traducción e Interpretación. A ello se añade un envejecimiento generalizado del profesorado, pues si no hay alumnos, desaparece la necesidad de incorporar nuevos docentes: por eso, la media de edad de los catedráticos se sitúa en torno a los 63 años y por eso existe en los departamentos una pirámide de edad invertida, siendo habitual que haya muchos más profesores estables (*numerarios*, el equivalente a la *tenure*) que jóvenes ayudantes o becarios. Mal de muchos, consuelo de tontos. El problema es general en toda Europa, ha sido

---

<sup>1</sup> Se entiende por titulaciones aquellos recorridos curriculares de cuatro o cinco años, en los que el alumno debe cursar un número determinado de asignaturas previamente fijadas, y al cabo de los cuales se le expide un título. La desproporción entre titulaciones y lugares en los que se ofertan viene a ser algo así como si en cada calle de una ciudad hubiese cincuenta carnicerías -titulación "carnicero"- o doscientos hornos de pan -titulación "panadero".

denunciado reiteradamente en Francia, en Italia y en Alemania, pero tiene difícil solución.

Una generación afortunada la de 1968, sin duda. Porque sin haber sufrido en sus carnes el coste sangriento de promover una verdadera revolución, a la manera de la francesa de 1793 o de la soviética de 1917, disfrutó -disfrutamos- de casi todos sus beneficios. Nuestra revolución no devoró a sus hijos, no tuvo que mandarlos a la guillotina o al gulag. Al contrario, aquellos jóvenes que habían levantado los adoquines de París al grito de *l'imagination au pouvoir*, como los españoles que teníamos un grito de guerra menos original, pero igualmente cohesivo, lo de *no nos moverán*, nos sentimos legitimados para abominar del pasado sin pagar personalmente por ello. Seamos justos: casi todo lo que rechazábamos entonces, merecía ser rechazado, y los años nos han dado la razón. Después de 1968 (en España, de 1975), ni las antidemocráticas prácticas de la política ni las hipócritas convenciones de la moral ni los injustos esquemas sociales de distribución de la riqueza volvieron a ser como antes. No estoy hablando ahora de esto. Estoy hablando de ciencia y enseñanza, de qué se debe entender por tal y de cómo debe transmitirse. Pues bien, el hecho es que a nosotros, entonces, para que algo sonase a científico nos pareció que debía ser abstruso, indigerible, altamente formalizado y un punto esotérico: en otras palabras, algo que rozase peligrosamente la impostura intelectual sokaliana<sup>1</sup>

Con ello abrimos una brecha generacional profunda, una herida prácticamente irrestañable. Porque hasta 1968, en España, como en el resto de países de lengua española, un filólogo era un promotor activo de la vida cultural y su legitimación social dependía más de su militancia intelectual

---

<sup>1</sup> Me refiero a la patología social descrita por Alan Sokal en su libro *Imposturas intelectuales* (Barcelona, Paidós, 1999). Les recuerdo la historia. Alan Sokal es un físico de la Universidad de Nueva York que envió a la revista *Social Text* un artículo titulado "Transgressing the Borders: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity". Su contribución fue acogida con entusiasmo y publicada de inmediato: ¡nada menos que un conocido investigador de las ciencias duras enviaba por fin un trabajo en el que se aplica la nueva manera de ver las cosas a la Física! Por desgracia, un mes más tarde Sokal envió un segundo texto, "Transgressing the Borders: An Afterword", en el que se confesaba que todo había sido una broma y que lo que pretendía era denunciar la impostura intelectual de los autores postmodernos. La revista *Social Text* se negó a publicarlo aduciendo falta de calidad suficiente.

que de sus clases o de sus publicaciones técnicas. ¿Se sorprenden? Bueno, en EEUU es el papel que desempeñó Noah Webster con sus *Dissertations on the English language* (1789) y su propuesta de independencia normativa para el inglés de los EEUU. O el papel que en Europa tuvieron los filólogos alemanes en el siglo XIX, los Herder y Humboldt que establecieron la lengua alemana como patrón de la nación, con toda su secuela de imitadores en otros países. Incluso, si me apuran, hasta el vuelco que Zola llegó a dar a la historia de Francia con su célebre artículo antisionista *J'accuse* en defensa de Dreyfus, publicado en el diario *l'Aurore*, podría incluirse en este apartado, como también la forma en que Sir Bertrand Russell puso contra las cuerdas a los gobiernos aliados cuando, después de la segunda guerra mundial, montó en Estocolmo un tribunal, paralelo del de Núremberg, para juzgar sus presuntos crímenes de guerra. En España ocurrió otro tanto, pero la prevalencia social de la Filología y de los filólogos duró mucho más, se alargó hasta la generación de 1968. Recuérdese la enorme influencia que tenían los artículos de D. José Ortega y Gasset sobre las decisiones del gobierno, primero monárquico y luego republicano, en la España de la primera mitad del siglo XX, o cómo incluso la dictadura franquista tuvo que moderar sus pretensiones intervencionistas sobre la Real Academia ante una carta pública de su director, D. Ramón Menéndez Pidal.

El recuerdo de mis años de formación es todavía el de un ambiente efervescente. La polémica de las lenguas de España agitaba los -nuestros-espíritus y por todas partes se elaboraban artículos y libros en los que se argumentaba a favor y en contra de las llamadas leyes de normalización lingüística que aspiraban a incentivar el empleo del catalán, del euskera y del gallego en sus respectivos territorios, a menudo con la consecuencia secundaria de arrinconar las atribuciones del español, sobre todo en la enseñanza. Yo mismo participé en este debate con un polémico ensayo *–El rumor de los desarraigados: conflicto de lenguas en la Península Ibérica–*, que obtuvo el Premio Anagrama en 1985 y que releían de tapadillo hasta los diputados en las aburridas sesiones de las Cortes. Hoy día todo esto resulta inconcebible. Un filósofo como Fernando Savater tiene, qué duda cabe, sus lectores entregados, pero sus opiniones no llegan a cambiar el estado de las cosas. Los gobiernos han reemplazado a estos intelectuales por otros, por científicos que no escriben en los periódicos, sino que redactan dossiers y elevan informes, generalmente secretos. El destronamiento de los humanistas como creadores de opinión se ha

traducido, subsidiariamente, en una trivialización de la misma: como no sólo la naturaleza, sino también la ideología, siente horror al vacío, el resultado ha sido la aparición de toda una caterva de tertulianos de medio pelo, videntes extravagantes y famosos de relumbrón que son los que, con sus opiniones tópicas, profusamente distribuidas por los medios, modelan lo que la gente piensa del mundo que le rodea. Y no se crea que esto sólo ocurre en España. Lo nuestro tal vez sea especialmente estridente, pero hay que decir que en todas partes cuecen habas, de forma que entre cierto presentador televisivo de vestimenta hortera, Gotzak, que suscita adhesiones masivas en Alemania, y nuestro inefable Rappel no veo excesivas diferencias.

¿Qué sucedió? Pues que los humanistas nos reclusimos en nuestros cuarteles de invierno y dejamos de cumplir la antigua función social de debatir públicamente las ideas para conformarnos con el desempeño, casi privado, de la enseñanza. Me dirán que esto no es ni bueno ni malo, que los tiempos cambian y que si los humanistas logran ser profesionales competentes -como un fontanero o como una oculista- ya cumplen sobradamente su misión social. En efecto, este argumento hizo mella en buena parte de nosotros, lo que explica dos cosas: la obsesión pedagógica que desde mediados de los ochenta empezó a aquejar al mundo de la enseñanza y la proliferación de teorías lingüísticas formalistas -funcionalismo, generativismo, cognitivismo- que en el último cuarto de siglo ha presidido nuestra labor. Como los demás humanistas, hemos renunciado a nuestras tribunas públicas (o las hemos perdido, tanto da) y nos vamos conformando poco a poco con la enseñanza, cuanto más pedagógica, mejor. Nuestros maestros, los Lapesa, Alvar, Lázaro o Alarcos, escribían frecuentemente en los periódicos y no sólo sobre barbarismos u ortografía, sino sobre casi todo lo divino y lo humano, pues la lengua llega a todos los rincones de la vida social. Nada queda de todo esto. Nosotros somos de otra casta, casi de otra especie. Nos consolamos diciendo que ellos eran antiguos y nosotros somos modernos. Fútil consuelo, la verdad. Porque por supuesto que uno debe adaptarse a las circunstancias y que en estos tiempos lo razonable sería tener un *blog* más que una columna periodística. Pero el hecho es que no solemos tener ni lo uno ni lo otro. Probablemente lo que ocurre es que no los echamos en falta porque nos hemos vuelto "científicos".

El problema es que la sociedad no se lo cree, no cree que seamos de verdad tan científicos. Y es una verdadera desgracia. Porque nos jugamos

mucho: los sexenios (complementos salariales por periodos de investigación de seis años), los proyectos de I+D<sup>1</sup>, las becas de investigación de varias entidades públicas y privadas, la clasificación del Departamento en el ranking de la Universidad, hasta nuestra propia autoestima como universitarios. Es injusto: realmente el nivel científico de la lingüística española ha llegado a ser estimable. No voy a repetir aquí lo que ya he tratado en otro lugar (López García 2000) \*\*, pero si el lector le echa un vistazo a dicho trabajo podrá comprobar que la anterior no es una mera *petitio principii*. Sin embargo, de poco nos sirve, cada día menos. Porque la Lingüística no es una ciencia dura, como la Física de partículas o la Química de hidrocarburos, ¡qué le vamos a hacer! Es una ciencia blanda y su legitimación, al tiempo que factual, debe ser sobre todo social.

Algunos colegas se complacen en repetir una y otra vez que los lingüistas trabajamos aplicando estrictamente el método hipotético-deductivo de las ciencias naturales, por lo que se nos debería considerar científicos *tout court*. Me parece que están confundiendo la realidad con sus deseos. Porque ni es evidente que muchas parcelas del lenguaje admitan algo más que estudios de tipo inductivo ni, sobre todo, hemos conseguido convencer a la sociedad de nuestra legitimación pragmática. No nos engañemos: la gente espera de nosotros aplicaciones prácticas y, mal que nos pese, tan apenas hemos logrado ofrecerle alguna. Esto no tendría importancia si nos hubiéramos conformado con ser filólogos y con contribuir a la comprensión histórica y cultural de los textos. Pero quisimos volar mucho más alto y, como a Ícaro, cuando se nos derritieron las alas, empezamos a caer vertiginosamente a tierra. Yo no sé si se puede ser feliz sin estudiantes, aislado en el aburrimiento deprimente de un despacho al que no llama nadie durante semanas y frecuentando de vez en cuando un simposio de colegas, siempre los mismos y cada vez más viejos, los cuales se entretienen comentando los últimos inventos formalistas que nos llegan en las revistas electrónicas. Lo que sí sé es que este panorama, que no tiene nada de exagerado y el que no se lo crea que se dé una vuelta por nuestras facultades, a mí no me satisface ni pizca. No sólo porque he conocido

---

<sup>1</sup> Las siglas I+D, correspondientes a Investigación + Desarrollo, aluden a proyectos de investigación de los que se puede extraer un beneficio tecnológico y que son financiados con fondos de la Unión Europea.

tiempos mejores. Sobre todo porque entiendo que o cumplimos una función social o estamos de más.

La cuestión, naturalmente, es quién le pone el cascabel al gato. No sé lo que ocurre en EEUU. En España, hoy por hoy, sólo hay dos o tres ámbitos profesionales en los que un lingüista se puede sentir vivo porque palpa la efervescencia, humana e intelectual, de hace un cuarto de siglo: la enseñanza de español como segunda lengua, la logopedia, la traducción. Nada que ver con nuestro campo de aplicación tradicional, que era la formación de profesores de enseñanza media. Ahora, donde se requiere nuestra colaboración y donde encontramos estudiantes interesados, es en estos campos, altaneramente tenidos por periféricos porque no les preocupa la famosa teoría lingüística, sino cuestiones tan de andar por casa como los métodos de aprendizaje de idiomas, las guías de terapia lingüística para tratar las disfunciones del habla o los lexicones y las gramáticas contrastivas. Mientras nuestros estudiantes propios se extinguen –entre otras razones porque la generación de 1968-1978 ha copado todos los puestos docentes y hasta que no se jubile, no hay nada que hacer-, el Instituto Cervantes amplía cada año sus necesidades discentes y, con ellas, las docentes. La mies es mucha y los segadores, pocos: lo malo es que bastantes de ellos tienen (tenemos) serias melladuras en la hoz.

### **Referencias**

López García, Ángel. 2000. Teoría gramatical. En: Manuel Alvar, Ed. *Introducción a la lingüística española*, Barcelona: Ariel, págs. 7-22.